

BENDITO EL QUE VIENE EN NOMBRE DEL SEÑOR
Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Mt 21, 1-11

1. Cuando se acercaban a Jerusalén y llegaron a Betfagé, al monte de los Olivos, Jesús mandó a dos discípulos,
2. diciéndoles: Id a la aldea de enfrente y encontraréis en seguida una borrica atada, con un pollino; desatadlos y traédmelos.
3. Y si alguien les dice algo, contestadle que el Señor los necesita, pero que los devolverá cuanto antes.
4. Esto sucedió para que se cumpliera lo que se dijo por medio del profeta:
5. Decid a la hija de Sion: Mira a tu rey que llega, sencillo, montado en un asno, en un pollino, hijo de acémila. (Is 62,11; Zac 9,9)
6. Fueron los discípulos e hicieron lo que les había mandado Jesús;
7. trajeron la borrica y el pollino, les pusieron encima los mantos y Jesús se montó.
8. La mayoría de la gente se puso a alfombrar el camino con sus mantos; otros lo alfombraban con ramas que cortaban de los árboles.
9. Y los grupos que iban delante y detrás gritaban: ¡Hosanna" al Hijo de David!
¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna desde lo alto!
10. Al entrar en Jerusalén, la ciudad entera preguntaba alborotada: ¿Quién es éste?
11. La gente contestaba: Este es el profeta Jesús, el de Nazaret de Galilea.

En el evangelio de Mateo, la ciudad de Jerusalén aparece con unas sombras siniestras, todo lo contrario a lo que habían anunciado algunas profecías sobre el resplandor que tenía que caracterizar a Jerusalén, la hija de Sion. Así nos lo cuenta el evangelista Mateo en este domingo de Ramos, que cuando Jesús entra en la ciudad, quedó agitada, como si hubiera sentido un terremoto; casi lo mismo que pasó en esta ciudad cuando se supo del nacimiento de Jesús, en el cap. segundo del evangelio, cuando llegaron los magos de oriente preguntando donde había nacido el rey de los judíos, el rey Herodes con toda la ciudad se sobresaltó, sobrecogidos por el terror.

Esta ciudad que había sido anunciada como la morada de Dios en donde se iba a manifestar toda su luz, ahora, cuando este Dios con nosotros, el Emmanuel, se hace presente, la ciudad lo rechaza. Por eso, las tinieblas que la envuelve, son la expresión del rechazo que ha manifestado en relación a ese Dios que viene para dar la paz, su amor y su presencia de vida, que pueda garantizar a la ciudad el ser llamada como la morada de Dios.

En el evangelio del domingo de Ramos, lo que comentamos no es la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, porque no era de triunfo, sino Jesús que intenta dar a conocer el carácter de su mesianismo; en qué consiste ser Mesías y que es lo que va a llevar adelante el Mesías de Dios.

“Cuando se acercaban a Jerusalén y llegaron a Betfagé, al monte de los Olivos, Jesús mandó a dos discípulos, diciéndoles: Id a la aldea de enfrente y encontraréis en seguida una borrica atada, con un pollino; desatadlos y traédmelos. Y si alguien les dice algo, contestadle que el Señor los necesita, pero que los devolverá cuanto antes. Esto sucedió para que se cumpliera lo que se dijo por medio del profeta: Decid a la hija de Sion: Mira a tu rey que llega, sencillo, montado en un asno, en un pollino, hijo de acémila. (Is 62,11; Zac 9,9)”

Mateo nos cuenta la llegada de Jesús a las puertas de Jerusalén. Ha hecho un camino desde Galilea en el que él ha anunciado que es lo que le espera en esta ciudad: nada de gloria ni de triunfos, sino todo lo contrario, un rechazo muy fuerte, teniendo que ser condenado a muerte por las autoridades judías, y también ha hablado de su resurrección. Pero sobre todo, esta ciudad, que va a rechazar al Mesías de Dios.

Al llegar a Jerusalén ha dado una orden a sus discípulos: “Id a la aldea de enfrente”. La imagen de la aldea tiene que ver siempre con lo cerrado, lo tradicional que no se abre a lo nuevo. Representa a la misma ciudad de Jerusalén, muy apegada a sus doctrinas, y muy reacia a acoger lo nuevo.

Jesús ha dado una orden curiosa, y ha dicho a estos dos discípulos que fueran a esa aldea para coger a una borrica que estaba atada con su pollino, y tenían que desatarlos y traérselos a él. ¿Qué quiere decir todo esto? Lo comprendemos a la luz de las palabras del profeta Zacarías, pues estas palabras se van a cumplir no sólo en relación a Jerusalén, sino para toda la humanidad. El profeta Zacarías había presentado al Mesías al llegar a Jerusalén, como un rey sencillo montado en un asno. No venía en pie de guerra, sino todo lo contrario, sino que venía para anunciar la paz que tenía que ser la semilla de una humanidad nueva. Ese rey es el que hay que recuperar del pasado.

La palabra del profeta Zacarías hay que desatarla. Mateo nos dice que la palabra estaba prisionera y no había forma de sentir las promesas del profeta, por lo cual, lo que tienen que hacer los discípulos es recuperar la palabra del profeta. Hay que desatarla y presentarla con toda su fuerza pues ha llegado el momento para que se manifieste realmente la presencia de un rey que no viene para hablar de conquistas o para imponer su programa por la fuerza, sino que viene para dar la vida, de la que nacerá una paz que sea expresión del bien y la dignidad de todos los seres humanos.

Jesús quiere que de esta manera sea reconocido su mesianismo, como quien viene a trabajar por la paz.

La imagen de Jesús montado en una borrica, es para entenderlo como aquel que no viene para anunciar nada que pueda ser temido; no era un caudillo que venía en su caballo o en su mulo, como era normal en aquella cultura, sino que viene subido en un animal que sirve para trabajar en el campo y llevar adelante el programa a favor de la paz y el bien de las personas.

De esto se trata: hay que desatar la profecía para que ahora se cumpla, en este rey que viene sencillo y humilde, montado en un pollino, hijo de una acémila.

“Fueron los discípulos e hicieron lo que les había mandado Jesús; trajeron la borrica y el pollino, les pusieron encima los mantos y Jesús se montó.” Poner los mantos encima de este animal significa identificarse con esta actitud de Jesús que viene para trabajar por la paz. El manto es imagen de la persona. El hecho de echar el manto sobre el borrico, quiere decir que tiene un grupo de discípulos que lo reconocen con la actitud de un mesías que viene para dar la vida y que la paz sea siempre fruto de esa vida que se entrega.

“La mayoría de la gente se puso a alfombrar el camino con sus mantos; otros lo alfombraban con ramas que cortaban de los árboles. Y los grupos que iban delante y detrás gritaban: ¡Hosanna" al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna desde lo alto!” Algunos han entendido la función de Jesús, y al echar los mantos sobre la borrica, se han identificado con la actitud de un mesías de paz; en cambio, la mayor parte no lo han entendido, y han echado sus mantos sobre el camino. Esta es una imagen curiosa que reconocemos en el AT para expresar la sumisión. Son quienes se someten y están dispuestos a renunciar a su libertad por tal que haya un caudillo que guíe y lleven adelante el programa de fuerza. No han entendido el mesianismo de Jesús y quieren un Mesías de poder y por eso lo aclaman como “Hijo de David”. Jesús no lo es. Es el Hijo de Dios que viene a dar la vida; no tiene que ver nada con ese rey que tuvo las manos llenas de sangre por todos los crímenes que cometió, y no pudo construir el templo de Dios.

Jesús es el Hijo de Dios que viene para dar la vida que se entrega siempre con gestos de misericordia, compasión, generosidad y servicio. Ese es el único mesianismo que nosotros entendemos, y esto es lo que se nos propone hoy en el domingo de Ramos.